

§. I.

El misterio de la Encarnacion del Verbo divino.

Crió Dios en la inocencia al primer hombre; pero habiendo éste abusado de su libertad, é incurrido por su desobediencia en desgracia de Dios, y hecho incurrir á toda su posteridad, perdió para sí y para sus descendientes todos los derechos que la justicia original le daba á la felicidad: quedó esclavo del demonio, sumergido en este abismo sin fondo de miserias, que son los tristes efectos del pecado original; y atraxo este diluvio de males que ha inundado toda la tierra.

Dios, que desde su eternidad habia previsto esta infeliz caída, habia igualmente resuelto desde su eternidad repararla de un modo conveniente á su bondad y á su grandeza; pero como ninguna pura criatura, por perfecta que fuese, podia plenamente satisfacer á la justicia divina por la infinita desproporcion que hay entre la satisfaccion siempre limitada de una pura criatura, y la magestad infinita de un Dios ofendido; este Padre de las misericordias resolvió la encarnacion de la segunda persona de la adorable Trinidad; es decir, del Verbo eterno, el cual, haciéndose carne, venia á ser Dios y hombre á un mismo tiempo, y estaba con proporcion y en estado de satisfacer como hombre, y de satisfacer plena y dignamente como Hombre-Dios que era juntamente.

Siendo este misterio tan sobre las luces y capacidad del espíritu humano, era necesario hacerle accesible y creible por medio de pruebas y señales sensibles, y proporcionadas á la capacidad del espíritu de los hombres: hízolo Dios esto. Como la profecía es entre todos los signos sensibles el que lleva mas visiblemente en sí un carácter de verdad, y el que da mas golpe, se sirvió Dios de élla para domesticar, digámoslo así, el espíritu humano, y hacerle creible lo que le era incomprendible; y no contento con esto, por una sobreabundancia de convenimiento, se dignó añadir á la prediccion la prueba de los milagros, que son otro medio seguro y sensible para hacer

creible un misterio; pues son unos hechos incontestables, que por mas incomprendibles que sean á las luces de la razon, ningun hombre racional puede no conocer en ellos la mano de un poder sobrenatural. Apénas hubo salido el mundo de las manos del Criador, apénas hubo sucedido la caída del primer hombre, cuando ya se le habla de un libertador, de un salvador: se le muestra de léjos este Hombre-Dios, este Mesías, por cuya virtud y poder habia de ser quebrantada la cabeza de la serpiente que le habia engañado, y su esclavo habia de recobrar la libertad. Pasáronse algunos siglos, la inundacion general hizo un nuevo universo: acuérdase Dios de su palabra: piensa hacerse un pueblo agradable á sus ojos; escógele entre la multitud de las naciones que estaban esparcidas sobre la tierra; su amor se complace en hacer resplandecer sobre él sus mas abundantes misericordias. Dignase el Señor tratar, por decirlo así, con sus siervos; y hablando con Abraham, le dice: En tu posteridad serán benditos todos los pueblos. En esta alianza tan santamente jurada empiezan, digámoslo así, á desenvolverse los designios de Dios, y todo parece ser un anuncio y un preludio del nacimiento del Mesías, del cual predice y anuncia hasta las menores circunstancias. Todos los hombres grandes del pueblo judáico no son menos figuras de este divino Salvador, que lo fueron sus padres: cópianle, y nos le pintan cada uno á su modo; y todos juntos nos le representan tal cual debe parecer sobre la tierra. Todos los sucesos conducen á él; y los hombres, á pesar de la diversidad de sus miras y de sus designios, á pesar de la inconstancia de sus proyectos, no hacen otra cosa que disponer, sin saberlo, las circunstancias preliminares de su nacimiento.

No se contenta Dios con esta prediccion general, sino que envia de tiempo en tiempo profetas para anunciar á Israel su Redentor: señalan el tiempo preciso de su venida, su concepcion milagrosa en el seno de una vírgen, el lugar de su nacimiento, y todas las circunstancias de su vida y de su muerte; y todos hacen de él un retrato tan verdadero, tan propio, tan parecido, que no es visible equivocarse, ni equivocarle.

No saldrá de Judá el cetro, dice Jacob, cerca de 17 siglos ántes de Jesucristo: veránse siempre capitanes, ma-

gistrados y jueces oriundos de su raza, hasta que venga el que ha de ser enviado, y el que será la espectacion de las gentes (*Gen. 49.*). En efecto, vino este anunciado Mesías; y no fue, segun la prediccion, sino despues que el cetro hubo salido de Judá, y cuando ya eran extrangeros los que gobernaban el pueblo. El efecto verificó la profecía en la persona de Jesucristo; no es menester mas que leerla para reconocer visiblemente al Mesías en la persona de Jesucristo.

La profecía de Daniel determina todavía mas fixamente la época de su venida, y da una idea todavía mas individual de las circunstancias de élla.

*Los tiempos que Dios ha fixado en favor de vuestro pueblo y de vuestra ciudad, dixo el ángel Gabriel al profeta Daniel, son setenta semanas de años, que hacen quatrocientos noventa años, para que las prevaricaciones sean abolidas, para que el pecado tenga su fin, para que la iniquidad sea borrada, para que la justicia eterna venga á la tierra, para que las profecías sean cumplidas, y el Santo de los santos reciba la sagrada uncion; es decir, para que el Verbo se haga carne, y se llame el Cristo, ó el Ungido del Señor. Despues de setenta y dos semanas matarán al Cristo, y el pueblo que le ha de negar, no será mas su pueblo. Un pueblo con su caudillo, habla de los romanos, mandados por Tito, destruirá al Cristo y á su santuario. Acabará ésta con una entera ruina, y despues de finalizada la guerra, sucederá la desolacion que ha sido predicha. El Cristo confirmará su alianza con muchos en una semana, y á mitad de la semana quedarán abolidas las hostias y los sacrificios antiguos. La abominacion de la desolacion estará en el templo, y durará la desolacion hasta la consumacion y hasta el fin (*Daniel 9.*).*

Era tan terminante, y estaba tan clara esta profecía, que cuando Jesucristo vino al mundo, todos los judíos estaban persuadidos que habia llegado ya el término de su libertad y de sus esperanzas, señalado por Daniel. Tanto los doctores, como el pueblo, estaban en espectacion: se contaban, por decirlo así, las horas; y se hubiera dicho que se buscaba cada dia con los ojos á aquel que el cielo habia prometido desde el nacimiento del mundo, y que, segun el cálculo del Profeta, debia dexarse ver en aque-

llos días. Esto fue tambien lo que obligo á los doctores y al pueblo luego que san Juan empezó á predicar, á persuadirse que el nuevo predicador podria ser muy bien el Mesías: *Ne fortè ipse esset Christus.*

§. II.

Cumplimiento de las profecías en la persona de Jesucristo.

No hubo uno de los demas profetas que no anunciase al Mesías, ninguno que no descubriese en sí algunos rasgos tan expresos y tan circunstanciados del nacimiento, de la vida, de la muerte, y de la resurreccion del Salvador, que se puede decir, que su retrato estaba acabado muchos siglos antes de su nacimiento.

David, aquel rey profeta, aquel hombre segun el corazon de Dios, da en sus salmos la historia profética del Mesías: y no hay nadie que en la pintura que hace de él no reconozca la historia abreviada, ó un compendio histórico de Jesucristo. En ellos se ven las promesas de la venida del Redentor, de la vocacion de los gentiles á la fé, del establecimiento de la Iglesia. El salmo segundo se refiere únicamente al Mesías: en él habla el Profeta de la divinidad de Jesucristo, de la extension de su imperio, de su poder, de la conspiracion de sus enemigos, y del castigo que deben temer los que rehusen someterse á sus leyes. El tercero contiene una figura de Jesucristo en su pasion. El veinte y uno su oracion sobre la cruz. El veinte y siete la persecucion de la Iglesia. El treinta y nueve es la figura de Jesucristo, glorificado despues de haber padecido; y el cuarenta es una figura de la traicion del pérfido Apóstol. El sesenta y siete es una profecía visible de la venida de Jesucristo, de sus victorias, de los misterios que se cumplieron en su pesona, y del establecimiento de la Iglesia por sus apóstoles. El setenta y uno predice la adoracion de los Magos. El ochenta y siete es una figura sensible de Jesucristo, que ora á su Padre en el tiempo de su pasion. En el noventa y seis describe David la segunda venida de Jesucristo á juzgar á los vivos y muertos;

y en el ciento y seis la vocacion de los gentiles, y el establecimiento de la Iglesia. El ciento veinte y ocho nos representa visiblemente la Iglesia victoriosa de las persecuciones; y se puede decir, que todo cuanto el Rey profeta cuenta de los malos tratamientos, y de las sangrientas persecuciones que padeció de parte de Saul, y de su propio hijo Absalon, es una alegoría continuada de lo que Jesucristo padeció debaxo de su propio pueblo; y aunque parece que David habla de su propia persona, es evidente que lo que dice no puede aplicarse á otro que á Jesucristo, del que el mismo David era figura. Dice en el salmo veinte y uno: *Foderunt manus meas et pedes meos: me agujereáron los pies y las manos, tendiéron tan violentamente mi cuerpo, y tiráron tan reciamente todos mis miembros, que era muy fácil contar todos mis huesos. En este lastimoso estado, añade el Profeta, les sirvió de un dulce y alegre espectáculo, apacientan sus ojos, y divierten su vista mirando mis dolores; finalmente, para no perdonarme ningun género de suplicio, se repartieron á mis ojos mis vestidos, y echáron suerte sobre mi túnica: Et super vestem meam miserunt sortem.* Es mas claro que el sol, que nada de todo esto conviene al Profeta; y que todo este salmo se debe entender á la letra de Jesucristo, á quien David hace hablar sobre la cruz.

No hay cosa, aun entrando la ciudad en que debía nacer el Salvador, que no haya sido predicha.

El profeta Miqueas, despues de haber anunciado á Judá las calamidades que le habian de suceder, consuela á su pueblo, y le promete un nuevo libertador en el Mesías, que debe nacer en Belen de Efrata en la tribu de Judá: *Et tu, Bethlehem Ephrata; parvulus es in milibus. Juda: ex te mihi egredietur qui sit dominator in Israël, et egressus ejus ab initio, à diebus æternitatis, (Mich. 5.),* y tú, Belen de Efrata, eres pequeña entre las ciudades de Judá, sin embargo, saldrá de ti el que debe reynar en Israel, cuya generacion es desde el principio y desde toda la eternidad, aunque no se dexa ver sobre la tierra sino en el tiempo. Distingue el Profeta á Belen de Efrata, de donde era la familia de David, de otro Belen que estaba en otra tribu diferente. Estaban los judíos tan persuadidos á que el Mesías habia de nacer en Belen, que cuando el

rey Herodes, sobresaltado á la llegada de los Magos, preguntó á los sacerdotes y doctores de la nacion, en dónde debía nacer el Mesías; no se detuviéron en citar esta profecía, y responder que debía nacer en Belen de Judá.

La profecía de Isaías no dexa circunstancia de la vida, pasion y muerte de Jesucristo de que no hable; y el retrato que hace de él es tan parecido, que san Gerónimo tuvo razon de decir, que Isaías parece mas bien un evangelista que refiere lo que ha sucedido, que un profeta que anuncia simplemente lo que ha de suceder en adelante. Anuncia este Profeta el modo milagroso como el Mesías habia ser concebido: *Ecce virgo concipiet, et pariet filium, dice, et vocabitur nomem ejus Emmanuel (Isai. c. 7.),* mirad el prodigio que ha de suceder: una vírgen concebirá y parirá un hijo que se llamará Emmanuel (en nuestro idioma *Manuel*), que significa Dios con nosotros.

La pintura que nos hace de la pasion de Jesucristo en el capítulo 53, parece ser casi de los evangelistas. *Vidimus eum, dice, et non erat aspectus:* Vímosle, y estaba tan desfigurado que no se conocía. Los profetas veían lo por venir de una manera tan clara y tan positiva, que hablan de ello ordinariamente como de un hecho ya pasado. *A planta pedis usque ad verticem non est in eo sanitas:* todo su cuerpo desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza no es sino una llaga: ha sido tan maltratado, añade el Profeta, que nos ha parecido el último de los hombres, y un varon de dolores: *Novissimum virorum virum dolorum.* Haciendo despues hablar al Salvador, dice: Entregué mi cuerpo á los que me herian; y no aparté mi cara de los que me ultrajaban, y me llenaban de salivas. Luego volviendo á tomar él mismo la palabra, dice: Tomó sobre sí nuestras miserias, y se cargó voluntariamente de nuestras iniquidades: *Ipse vulneratus est propter iniquitates nostras:* fué cubierto de heridas por nuestros pecados, quiso padecer toda la pena que merecian nuestras culpas; y si hemos sido curados, se lo debemos á su sangre derramada por nosotros: *Cujus libori sanati sumus.* Por lo demas, continúa el Profeta, si fue inmolado por nosotros, fue porque quiso serlo: *Oblatus est quia ipse voluit.* Ninguna cosa fue mas libre que su sacrificio; y así, ni aun abrió la boca para quejarse. Será llevado á la

muerte como una oveja que van á degollar, y guarda un profundo silencio: será semejante á un cordero que está mudo delante del que le trasquila: *Et quasi agnus coram tondente se obmutescet.* Pero como sin embargo de las iniquidades ajenas, de que se dignó cargarse, y de que se halla inocente, es santo y justo por excelencia y por naturaleza, justificará con su muerte un gran número de criminales: *Justificabit ipse justus multos;* y por cuanto se entregó á la muerte por la expiacion de los pecados, y oró por los mismos que le quitaban la vida, verá una numerosa posteridad, y reynará en todo el universo, y mas allá de todos los siglos: *Si posuerit pro peccato animam suam, videbit semen longævum.* ¿Quién no conoce en esta pintura alegórica el verdadero retrato de Jesucristo muriendo?

Todos los demas profetas no se proponen otro blanco que á Jesucristo. Él es el principal objeto de aquella multitud de predicciones que tiran é imprimen los rasgos mas vivos y mas naturales de su vida. Entre todos los profetas no hay uno que no sea como el rey de armas de este Hombre-Dios, cuya santidad y divinidad publican al mismo tiempo que predicen su venida. Él es nuestro Dios, dice el profeta Baruc, y ningun otro subsistirá delante de él: *Hic est Deus noster, et non æstimabitur alius adversus eum* (Baruc. 3.): él es el que encontró los caminos de la verdadera ciencia, el que la dió á Jacob su siervo, y á su querido Israel. Despues de esto fue visto sobre la tierra, y conversó con los hombres. *Post hæc in terris visus est, et cum hominibus conversatus est.* Quiere decir, que este Dios, cuya bondad es tan incomprendible, como infinita su misericordia, despues de haber instruido y preparado á su pueblo en la escuela de los profetas, despues de haberle hecho con estas pinturas alegóricas, y con estas predicciones multiplicadas capaz de un misterio tan sobre la capacidad del espíritu humano, se hizo visible sobre la tierra por su encarnacion; y hecho hombre, se dignó conversar familiarmente con los hombres, y hacerse semejante á ellos.

Se puede decir que todo el viejo testamento es una continua alegoría de los misterios contenidos en el nuevo, y singularmente del de la encarnacion del Verbo, ba-

xo los nombres figurativos de Cristo ó un Ungido del Señor, de Libertador, de Caudillo, de Rey, de Enviado, de Conductor, de Mesías, de Salvador. Por medio de estas pinturas alegóricas quiso el Espíritu santo familiarizar, por decirlo así, el espíritu humano con una verdad, contra la cual se revolvia naturalmente toda su razon, y hacerle poco á poco capaz de la fe de un misterio tan sobre los sentidos y la razon.

§. III.

Otras predicciones tocantes á la venida del Salvador.

Como el Verbo divino debia hacerse hombre, no solo en favor de los judíos, sino tambien de los gentiles, quiso Dios á nuestro modo de entender, hacer que en medio de la gentilidad hubiese oráculos que predixesen la encarnacion del Verbo, la venida del Hijo de Dios, y las principales acciones de su vida. Tales son las predicciones de las Sibílas, citadas por los antiguos padres, las cuales anunciaban, entre otras cosas, el nacimiento de Jesucristo de una madre virgen, su pasion, su muerte, su milagrosa resurreccion, y el juicio universal, que son los misterios mas estupendos y mas sobre la capacidad del espíritu humano. Como el don de profecía es un puro don de Dios, independiente del mérito ú de la indignidad del sugeto, como se ve en Balaan y en Saul que ámbos á dos profetizaron, no es imposible que Dios comunicase este don á alguno de entre los gentiles, siguiendo en esto los adorables designios de su providencia.

San Agustin, aquel grande ingenio, superior á tantos otros, refiere en su libro diez y ocho de la ciudad de Dios la prediccion que hizo de Jesucristo la Sibíla Eritrea, cerca de mil y doscientos años ántes del nacimiento del Salvador. Cuenta este santo Doctor la descripcion viva y enérgica que esta Profetisa hace del juicio final en versos acrósticos sobre estas palabras: *Jesus Christus, Dei filius, Salvator.* No es menos admirable ni menos propia la pintura que hace mas adelante de la pasion del Salvador: estas son sus palabras, segun las re-

fiere san Augustin despues de Lactancio y de Eusebio de Cesarea, quien cita veinte y siete versos de esta misma Sibíla, que predicen la primera venida del Hijo de Dios á unirse á nuestra naturaleza, y la segunda á juzgar al mundo.

“Será entregado, dice, en las manos impías de los que no quisieron reconocerle (habla de Jesucristo): este Dios será abofeteado por unas manos sacrílegas, y cubierto de salivas envenenadas, que unas bocas impuras vomitarán sobre él: sus inocentes espaldas serán rasgadas por una tempestad de azotes, y todo su cuerpo será maltratado á golpes, sin que salga una sola palabra de su boca. Su cabeza será coronada de espinas, y en medio de los mas crueles tormentos no le presentarán sino hiel y vinagre para apagar su sed. Nación insensata, tú no has querido reconocer á tu Dios disfrazado baxo los velos de la humanidad: tú, por irrisión, y por una crueldad inaudita, le has coronado de espinas; y le has abrevado con hiel. Rasgaráse el velo del templo, y á la mitad del día se extenderá una noche sombría sobre la faz de la tierra por espacio de tres horas. Morirá en fin tu Dios; pero su muerte, que durará tres días, se podrá llamar un sueño, pues resucitará pasados estos tres días, y su resurrección será acompañada de la de aquellos que volverá él mismo á la vida.” San Augustin, que trae esta prediccion, añade que la Sibíla Eritrea vivía en tiempo de la famosa guerra de Troya; es decir, mil y doscientos años ántes del nacimiento del Salvador del mundo.

Habiendo, pues, dado Dios á los hombres el retrato de su hijo tanto tiempo ántes que se hiciese hombre, era fácil no desconocerle ni equivocarle cuando este Dios-Hombre se dexase ver. La semejanza tan visible, y la conformidad tan perfecta entre el modo como el Mesías debía nacer, vivir y morir, segun la pintura que de él habian hecho los profetas, y el modo como nació Jesucristo, vivió sobre la tierra y murió; esta conformidad, vuelvo á decir, era mas que bastante para desterrar toda perplexidad y toda duda; sin embargo, para mayor abundamiento quiso Jesucristo demostrar su mision, su omnipotencia y su divinidad con los mas estupendos y

mas incontestables milagros, de los que toda su vida no es otra cosa que un tejido.

Despues de haber estado el mundo en una espectacion de quatro mil años, y llegado el tiempo prescripto por Dios, y señalado por los profetas para la venida del Mesías, estando los judíos esperando ver todos los días, segun su cálculo, comparecer el Redentor que era tanto tiempo habia el objeto de sus votos y promesas, se vió en fin nacer el que debía ser su precursor: Juan Bautista, digo, aquel hombre maravilloso, cuya voz, segun Isaiás, debía hacerse oír en el desierto, y decir á gritos: *Preparad el camino del Señor, enderezad las sendas de nuestro Dios, porque su gloria se va á manifestar, y toda carne verá el cumplimiento de lo que ha sido prometido* (Isai. 40.): aquel ángel mortal de quien Dios habia dicho por boca del profeta Malaquías: *Veis aquí que envio mi ángel, el cual dispondrá el camino delante de mí* (Malach. 3.): finalmente, aquel nuevo Profeta y mas que profeta, que no debía anunciar el Mesías futuro como lo habian hecho todos los otros, sino que debía mostrarle como ya presente, como en efecto lo hizo, cuando al ver á Jesucristo, exclamó: *Mirad el Cordero de Dios, veis allí el que quita los pecados del mundo;* y cuando en otra ocasion dixo: *En medio de vosotros hay uno que conocéis: él es el que debe venir despues de mí, aunque es ántes que yo, á quien yo no soy digno de desatarle las correas de los zapatos* (Joann. 1.).

Se sabe qué maravillas se obraron en la concepcion de Juan Bautista, cuyo ministerio de precursor del Mesías anunció el ángel san Gabriel, cuando le dixo á Zacarías: que sin embargo de su abanzada edad, y de la larga esterilidad de su esposa Isabel, tendria un hijo que se llamaria Juan.

§. IV.

La concepcion de Jesucristo.

Se hallaba Isabel en el sexto mes de su preñado, cuando el ángel san Gabriel fué enviado por Dios á Nazaret á anunciar su concepcion, y el nacimiento milagroso de